

CAPÍTULO III.

El capellán del cementerio.

Me detuve, es verdad; pero debo añadir que fué efecto de un movimiento involuntario, al que mi razón se sobrepuso inmediatamente, ofendida de aquel temor instintivo que sujetó mis pasos en el momento en que iba á salvar el umbral de la puerta. Además, no fué solamente la causa de mi detención la presencia de la sombra que vi desaparecer detrás del sepulcro, sino que la hoja de la puerta, vuelta sobre sí misma, empujaba mi mano, que la sostenía, empeñada en volver á cerrarse, ni más ni menos que si quisiera impedirme el paso.

Parecía que una mano invisible la sujetaba por la parte de adentro, obligándola á resistir el empuje con que yo la sostenía para que no se cerrara.

Esto en otra puerta habría sido una cosa que me hubiera explicado fácilmente; pero tratándose de la puerta de un cementerio, después de la escena que acababa de presenciar, mi imaginación suspensa lo atribuyó á otra causa, haciéndome pensar por un momento que alguna alma en pena condenada á vagar por las soledades del campo santo se negaba á recibir mi visita, y me detuve contra

mi voluntad, á pesar mío, sin querer detenerme. Entre tanto el perro, al ver abierta la puerta del cementerio, abandonó á su amo, y se precipitó por ella, corriendo á todo correr por la calle de cipreses, hasta llegar al extremo donde yo había visto flotar la sombra perdiéndose detrás del sepulcro.

Y por lo que hace á esta sombra fugitiva, estaba yo seguro de que no era una ilusión de mis ojos. Sin poder determinar con exactitud su forma, la había visto perfectamente, alta, estrecha, negra, fugaz y misteriosa.

El perro llegó al punto que he dicho, y allí comenzó á saltar, dando muestras de repentina alegría; de esa alegría que muestran los perros cuando los acaricia una mano amiga.

¿Sería la presencia de la sombra la causa de tanto regocijo?

Aquel perro tan triste, ¿qué singular motivo de alegría encontraba allí, entre las desiertas sepulturas del silencioso cementerio?

Á todo esto el hombre de las barbas había desaparecido, y yo permanecía sosteniendo la hoja de la puerta, que pesaba en mi mano, empeñada en cerrarse.

Hice un esfuerzo, y entré, y la hoja de la puerta, abandonada á sí misma, gimió sobre los goznes, cerrándose pesadamente.

Con paso temeroso me adelanté por la calle de cipreses, al través de los que registraba el silencioso recinto del campo santo.

Donde quiera que se detenían mis ojos, encontraba una sepultura; las paredes estaban llenas de lápidas que en vano querían perpetuar la memoria de los nombres que contenían; sobre la tierra, removida en diferentes sitios, cruces sencillas de ma-

dera, que la piedad renovaba, tendían sus brazos eternamente abiertos; en algunas sepulturas brotaban flores silvestres, humilde homenaje que la naturaleza ofrecía al último asilo del hombre sobre la tierra.

En ninguna parte se despierta en nuestro espíritu más vivamente el sentimiento de la inmortalidad que en los cementerios. La idea de la vida eterna brota del fondo mismo de las sepulturas donde, digámoslo así, vive la muerte.

Al otro lado de la losa que cierra el sepulcro, ó bajo la tierra removida de la sepultura, los ojos humanos, iluminados por la luz del espíritu, ven siempre la eternidad, la puerta misteriosa que nos conduce á la otra vida, el paso silencioso de la pequeñez de este mundo á la inmensidad del otro.

Bajo las bóvedas de los templos, y en medio de las augustas solemnidades del culto, el hombre siente la majestad de Dios; delante del suntuoso espectáculo del universo, ve su grandeza en las silenciosas soledades de los cementerios oye en el fondo del alma la voz solemne de su justicia.

Por eso nos prosternamos ante los altares poseídos de ardiente fe; por eso contemplamos los cielos animados por consoladoras esperanzas; por eso nos acercamos á los sepulcros llenos de temor profundo.

La muerte salía al paso de mis ojos por todas partes; mis pies pisaban en aquel momento generaciones de cadáveres, y, sin embargo, todo se movía á mi alrededor como animado de una vida extraña. Las losas de los sepulcros hablaban el mudo lenguaje de sus fúnebres epitafios; los túmulos, esparcidos á uno y otro lado, parecía que andaban, siguiendo el curso macilento de mis pasos y volviendo

hacia mí sus semblantes de piedra; el terreno removido ondulaba en todas direcciones como las olas del mar en los días serenos, y sobre estas ondas tranquilas veía yo flotar los brazos de las cruces, brotando del seno de las sepulturas, en doble señal de dolor y de triunfo.

Juntaban los cipreses sus estrechas hojas, levantándolas al cielo en oración perpetua, y los sauces afligidos dejaban caer sus interminables ramas, como si de este modo quisieran decir que su llanto era eterno; suspiraba el aire, formando murmullos casi imperceptibles, que huían y se acercaban temerosamente. Era la respiración del cementerio; la voz de las sepulturas, que, semejante á un soplo, llevaba de una parte á otra misteriosas confidencias.

Sobre el mármol negro de unas lápidas relampagueaban las letras doradas de los epitafios, últimos resplandores de las vanidades humanas, y sobre el mármol blanco de otras proyectaban las letras sus rasgos negros, del mismo modo que sobre la frente pálida del moribundo se proyectan en los momentos supremos de la agonía las sombras de la muerte.

En fin: me parecía sentir que la tierra palpitaba debajo de mis plantas.

Dominado por estas impresiones, llegué al punto en que había visto desaparecer la sombra, y he aquí el espectáculo que se ofreció á mi vista.

Delante de la sencilla lápida de un modesto sepulcro tendía un rosal sus hojas, sobre las que campeaban á medio abrir delicadas rosas de nacarada blancura, teñidas de ese resplandor purpúreo con que la aurora ilumina los primeros albores del día.

Al pie de la lápida estaba el perro recostado, de la manera que estos animales suelen tenderse á los

pies de sus amos : lamía el borde del mármol , ni más ni menos que si fuera la mano de su dueño.

Á algunos pasos del sepulcro , y sobre el humilde césped que bordaba la tierra , se veía un pequeño banco de piedra , por medio del que la sepultura parecía decir : «espera.»

Sentada en este banco , leyendo en un libro de numerosas hojas , se hallaba la sombra , con la cabeza inclinada sobre el libro y sumergida en tan profundo reposo , que no advirtió mi presencia.

Mi primer pensamiento fué retroceder. ¿Tenía yo derecho á interrumpir el sosiego de aquella escena con mi intempestiva presencia? Cualquiera que sea el derecho que el viajero detenido en un pueblo , por gusto ó por necesidad , tenga á buscar en las solitarias calles del cementerio algo que entretenga su curiosidad ó su ocio , ¿podía yo sorprender de aquel modo el sosiego de la sombra que leía y las caricias que el perro tributaba sin duda ninguna al cadáver encerrado dentro de aquel sepulcro?

Mi aparición en aquel lugar y en aquel momento me pareció de malísimo gusto , y á pesar del interés que me inspiraba todo lo que había visto en el curso de mi expedición en aquella mañana , resolví retirarme silenciosamente por el mismo camino que había llevado.

El hombre de las barbas , con su aspecto á la vez desolado y terrible ; el perro aquel tan misterioso , tan incomprensible , sobre el que ejercen particular dominio las notas acordadas de un piano y tan poderoso atractivo la losa de un sepulcro ; ese mismo sepulcro , coronado de rosas como la frente de una virgen ; la sombra , en fin , leyendo tal vez las desdichas de la vida sobre los tenebrosos abismos de la muerte ; todo esto despertaba en mí , no sé si in-

terés ó curiosidad ; pero , curiosidad ó interés , yo sentía vivísimo deseo de penetrar el secreto que indudablemente se encerraba en el conjunto de circunstancias que voy reseñando.

El perro y el hombre , el sepulcro y la sombra , aparecían ante los ojos de mi imaginación como figuras misteriosas de un jeroglífico , que combinaba de diversas maneras , sin encontrarles solución ni sentido.

Antes de emprender la retirada , busqué en la lápida del sepulcro el epitafio que contenía , y no hallé más que un nombre de mujer , al pie del cual se leían estas palabras :

SU MADRE RESIGNADA.

No es la literatura de los cementerios la más escogida. Ó el verdadero dolor no tiene expresión fácil en la lengua humana , ó deberemos presumir que la pena , más pudorosa que la alegría , se niega á salir del fondo del alma en que ha penetrado. Ello es que se encuentran , lo mismo en los cementerios de las aldeas que en los cementerios de las ciudades , desastrosos epitafios en prosa y en verso.

Por lo común , poetas anónimos , genios de los sepulcros , desconocidos de los hombres , se encargan de interpretar el dolor del padre , del hermano ó del esposo , en variedad de metros , á ojo de buen cubero ; y sus lacrimosos versos , más duros que la misma piedra en que suelen estar esculpidos , y más largos que la eternidad misma á cuyas puertas se ostentan , son testimonio de que la poesía fúnebre no ha llegado entre nosotros á muy respetable altura.

Recordaba yo haber visto en muchas lápidas se

pulcrales la exposición del dolor, unas veces del esposo desolado, otras del padre afligido, otras de la hermana desconsolada; pero no recordaba haber visto en ninguno de estos epitafios de bombo y platillos la resignación cristiana tan sencillamente expuesta como en la lápida que tenía delante.

Mas ¿qué sacaba en limpio mi curiosidad?... Que allí había sido enterrada una hija, probablemente en el verdor de la primera juventud, y que su madre, poseída del verdadero espíritu de la Religión, se resignaba humildemente á sufrir la pena con que Dios probaba la fortaleza de su alma.

En verdad, aquella lápida ofrecía un bello ejemplo, y la resignación de la madre añadía el reposo de la fe al reposo de la muerte.

Así pensaba yo, cuando el perro, alzando el hocico, aspiró con ansia el aire, gruñendo sordamente; por lo visto su olfato fino le advertía la presencia allí de alguna persona extraña.

Antes que yo pudiera retirarme, volvió la cabeza hacia el sitio donde yo estaba, y sus ojos me descubrieron.

Verme, dar un salto y lanzar un ladrido, todo fué obra de un momento.

Entonces la sombra que leía sentada en el banco de piedra contiguo al sepulcro levantó la cabeza, y me vió; yo no supe qué decir, y guardé silencio, permaneciendo inmóvil.

La sombra cerró el libro en que leía, dejando el dedo índice entre hoja y hoja para conservar el lugar de la lectura, y se puso de pie, saludándome con bondadosa cortesía por medio de una afable inclinación de cabeza, del mismo modo que habría podido hacerlo el dueño hospitalario de una casa al encontrarse en ella con un huésped inesperado.

Correspondí debidamente al saludo que acababa de recibir, y sonriendo de la manera más afable que me fué posible, le dije :

—Perdone V. la indiscreción con que, á pesar mío, he interrumpido su lectura.

—Mi obligación (replicó) es recibir á todos los que vienen.

Y sonriendo á su vez, añadió :

—No tengo ninguna indiscreción que perdonar, pues puede V. estar seguro de que ha entrado en su casa.

—No tanto (le advertí con viveza). El cementerio es la casa de los muertos, y sería una usurpación anticiparse á poseerlo.

—Sin duda (me contestó); pero la vida es un título incontestable que nos asegura el derecho á la muerte.

—Por supuesto (insistí yo); pero mientras uno viva, no hay manera de hacerle tomar posesión de la sepultura.

—¡Ah!—exclamó alzando los ojos al cielo.

Parecióme que dudaba de la exactitud de mi observación, y me apresuré á preguntarle :

—¿Acaso no es así?

—Así es (me contestó); pues aun cuando la sepultura la heredamos desde el momento que nacemos, no llegamos á poseerla hasta después de muertos.

Parecía que se lastimaba de que la muerte tardara tanto en llegar á poner término á la vida, y semejante pensamiento no se acomodaba bien á la dulce tranquilidad que se reflejaba en su semblante.

Si no se advertían en la expresión de su rostro las señales de una felicidad suprema, traslucíase claramente que no se hallaba descontento de vivir, pues

brillaba en su frente cierto resplandor apacible que la cubría de serena mansedumbre.

Por su parte, el lector pensará que una sombra solitaria entre aquellos sepulcros, un espíritu del otro mundo, visible é impalpable, aun en el caso de que se dignara trabar conversación con un simple mortal, debería expresarse en un lenguaje menos humano.

Ciertamente; pero es el caso que lo que yo tuve por sombra al abrir la puerta de la cerca, no era tal sombra, sino el cuerpo hecho y derecho, vivo y sano, del humilde capellán del cementerio.

Ó lo que es lo mismo, un hombre como de cincuenta años, de faz bondadosa, mirada paciente y suave sonrisa, cubierto con un balandrán limpio, pero raído.

Era sin duda alguna un alma, y por la bondad que se veía pintada en su semblante, debía ser un alma hermosa, un alma más cerca del cielo que de la tierra, pero encerrada todavía en la cárcel mortal del cuerpo á que Dios la había destinado.

Ésta era la sombra, ni más ni menos.

—De todos modos (le dije), siento haber interrumpido la lectura en que parecía V. abismado.

—Leía el libro de Job (me contestó con dulzura). Es un libro que debieran saber de memoria todos los hombres.

—Sería inútil (advertí yo), porque las cuatro quintas partes de los hombres no lo entenderían.

—Á lo menos (insistió diciendo), aprenderían á tener humildad y paciencia: santas virtudes que hacen al hombre dueño de sí mismo, puesto que impiden que lo domine la soberbia y lo posea la ira.

—Mas, supongo que habrá V. venido á ver el cementerio, y, aunque artísticamente ofrece poco que ver

el pobre campo santo de una aldea, la curiosidad siempre encuentra algo para entretenerse, y no dejan de ser curiosos estos lugares, en que del mismo modo acaban todas las grandezas y todas las miserias, todos los dolores y todas las alegrías de la tierra.

—Aseguro á V. (le dije) que he venido por casualidad, sin pensarlo, sin saber que venía á este sitio.

—¡Ah! (exclamó.) ¡Cuán triste verdad encierran esas palabras!.... Nos acercamos á la muerte paso á paso, sin pensar en ella.

Diciendo esto, se acercó á mí.

El perro nos miraba alternativamente á uno y á otro, como si no quisiera perder palabra de nuestra conversación.

Por lo que hace á mí, me sentía inclinado hacia este hombre tan afablemente fúnebre, que hablaba como un sepulcro.

—Soy un viajero (le dije) detenido en este pueblo por una circunstancia imprevista.

—Todos (advirtió) somos viajeros en este mundo, porque todos estamos en él de paso.—Vamos por aquí (añadió, señalando el camino que se extendía delante de las lápidas incrustadas en la pared), y daremos una vuelta por la cerca, si es que V. quiere ver el cementerio y no le es enfadosa mi compañía.

—La acepto con mucho gusto (le contesté, tomando la dirección que me señalaba). Eche V. delante.

—Sí (dijo); echaré delante, puesto que V. se empeña en ello.

Seguílo, y anduvimos en silencio algunos pasos. No sé en qué iría pensando él; probablemente